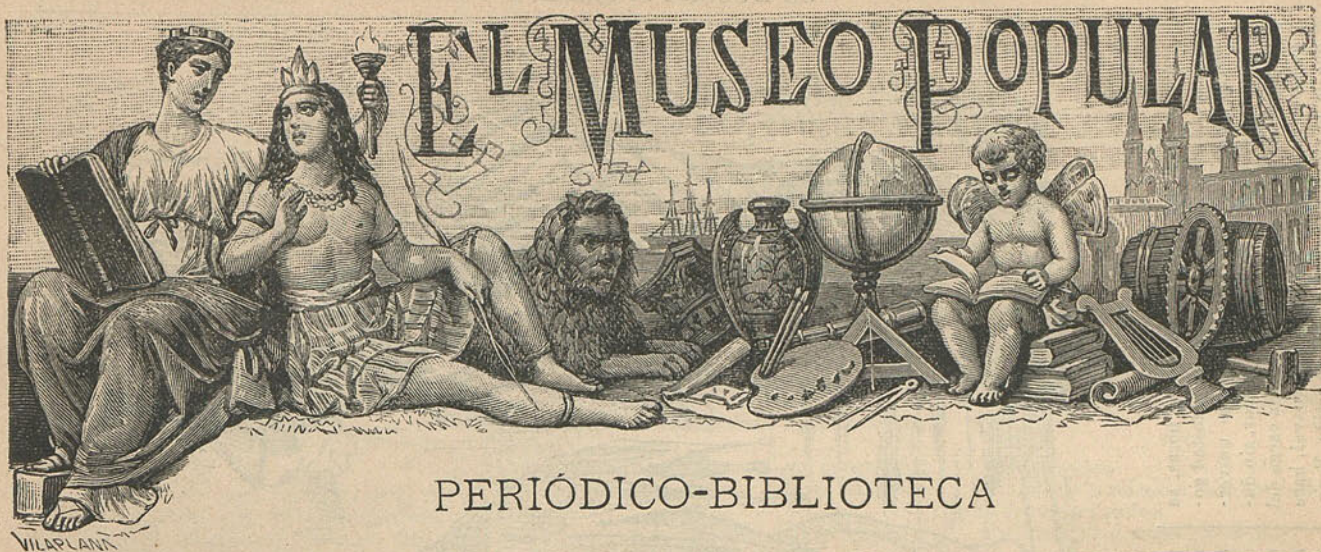




PERIÓDICO-BIBLIOTECA

Año I.

SEMANARIO ILUSTRADO
de literatura, ciencias, etc.

PRECIO
25 céntimos cada número.

BIBLIOTECA ILUSTRADA
Publica tres obras distintas.

Núm. 7.º

LOS SOMBREROS DE SEÑORA

(Conclusión.)

II

Cayó el telón.

Las miradas de la niña y las del Sr. de Perales se encontraron de nuevo.

D. Andrés se estremeció: su corazón ya no le pertenecía.

Tampoco á Aurora, aun cuando no se había enamorado, le pareció mal el caballero, que á pesar de sus años era bien parecido y vestía con irreprochable elegancia.

En fin, amables lectores, ambos se entendieron mirándose, y como él iba *con buen fin*, ella y su madre llegaron á acogerlo con amabilidad al cabo de algunos días.

Concertóse la boda, y como ni por parte de ella ni de él había el menor inconveniente, se casaron por el sistema antiguo; es decir, conforme manda nuestra Santa Madre Iglesia.

Como me he propuesto ser breve, pasaré por alto la luna de miel; esa luna *que brilla*, según los poetas, y las primeras desavenencias entre marido y mujer; *la poesía* del amor había terminado, y *la prosa* de la vida entraba en la plenitud de sus funciones.

Aurora había continuado siendo ardiente partidaria de los sombreros, que hasta entonces le habían parecido bien á su esposo. Mas al sobrevenir la consabida *prosa* volvieron á parecerle tan ridiculos como antes, y con este motivo hubo serias desavenencias entre ambos cónyuges.

Un día (¡día fatal!) estrenaba Aurora un formidable sombrero; un sombrero de primera magnitud, en el cual figuraban un racimo de uvas de cera y una manzana de lo mismo.

Al ver *el promontorio* D. Andrés, se puso furioso.

—O te quitas *eso*,—le dijo á su mujer,—ó va á haber aquí la de Dios es Cristo.

—No me lo quito,—replicó Aurora.

—¿No?

—¡No, señor!

A partir desde aquel día, marido y mujer no se hablan, ni se miran, ni se entienden.

Hoy están á punto *de federarse*; á punto de que cada cual se vaya por su lado.

Esto sería para ellos más triste que el oficio de difuntos ó que un día de invierno sin lumbre y sin pan.

Ahora bien, niñas de mi corazón, en vista de lo que acabo de referir, me permitiréis que os dé un buen consejo:

Usad sombreros á la moda; pero entre un marido y un sombrero, no deis la preferencia á este último; sobre todo (¡os lo ruego encarecidamente!) no gastéis más sombreros que aquellos que contribuyan á aumentar la belleza de vuestro rostro.

Vuestro amigo y seguro servidor que os besa piés y manos,

Francisco Arderius.



Cacería de elefantes en Africa.

El reinado de Momo y sus placeres.



A solos tres días, ó sea setenta y dos horas, se reduce el tiempo en que con absoluta potestad gobierna Momo, dios de la locura y regocijo universales, á los miseros humanos. Por no echar, sin duda, este dios sobre sus hombros la pesada carga del gobierno en los anormales días del Carnaval, hace que le auxilien en tan espinoso cometido Baco, Tersicore, Priapo y otras deidades secundarias ó de

poco pelo. No hay que decir si la administración, si la moral y la decencia públicas, si todos los intereses sociales, en fin, estarán ó no estarán bien desempeñados con personal tan escogido. Reminiscencia es el Carnaval de las antiguas Saturnales de los gentiles; y si estos, como tales, corrían en aquellas festividades una *juerga*, como ahora se dice, de padre y muy señor mío, nosotros, á pesar

de la moderna civilización y de mil ochocientos ochenta y siete años de cristianismo, no nos quedamos á la zaga de nuestros gentilicos antepasados en disfrutar de los placeres que nos brinda la saturnal locura. Bromear, reir, empinar el codo más de lo acostumbrado, promover *camorras* por un quitame allá esas pajas, y hacer otras muchas cosas menos santas, son tema obligado, norma de

conducta para muchas gentes en estos días. Pero á bien que el Miércoles de Ceniza se inaugura la Cuaresma, y en sus cuarenta días, aquellos que más pecados veniales ó de cualquier otro género hayan cometido, esperan que con un poco de unción mística, golpes de pecho, ayunos y otras prácticas religiosas, ganarán para su espíritu lo que en el Carnaval perdieron. La fe es la que salva.

CANTARES

Cuando amé fui desgraciado,
mas bendigo mi desgracia,
que el hombre sin el amor
es la materia sin alma.

Regañando con los celos
ciego el amor se quedó,
y en castigo, lazarillo
son los celos del amor.

Que has llorado por mi ausencia
me dices, mujer ingrata,
también llora el cocodrilo
y sin embargo, nos mata.

F. G. M.

EL ALCAIDE DE TARIFA

I

El infante don Juan desde Tánger, cuyo wali le recibió con grandes honras como que se trataba de un príncipe cristiano, que por sus diferencias con su hermano el rey don Sancho IV, iba á buscar la ayuda del emir de Marruecos para volver con él contra su rey y contra su patria; aumentada su hueste de traidores con una lucida guardia de caballería zeneta que le dió por honrarlo el wali; tomó la vía de Fez donde el emir Abu Jacob ben Jucef el Merini se encontraba.

Llevaba consigo el infante preso y bien guardado al noble y generoso Pedro Alfonso de Guzmán al que no había podido perdonar el que le hubiese retado de infamia por su hazaña de Beger de la frontera, y si no le había castigado á sangre había sido por respetos á don Alonso Perez de Guzmán, su padre, que era en Castilla una persona tal que la balanza se inclinaba del lado del bando en que él se ponía.

Por lo mismo el rey don Sancho trataba también con muchas consideraciones á don Alonso Perez, y don Juan de Lara se enojava cuando le veía en una parcialidad opuesta á la suya, como ante él se habían achicado siempre los ya difuntos, el infante don Juan Manuel, el infante don Enrique, don Juan Nuñez de Lara el viejo, y don Diego López de Haro; señor de Vizcaya y de los Cameros.

Fuese como fuese, y aunque se aprovechase de su influencia, de su popularidad y de su prestigio, don Alonso Perez de Guzmán, que por su susceptible altivez, se mostraba por leves motivos fosco con el rey, y se enojaba, y se apartaba de la corte yéndose á sus estados; hasta que murió el rey don Alonso el Sábio, cuyo partido siguió contra su rebelde hijo, no sirvió al hijo, que esto hubiera sido dejar de servir al rey legítimo, cosa que no cabía ni por soñación en su nobilísimo ánimo; pero muerto el rey don Alonso y habiéndole buscado el rey don Sancho, á quien consideraba legítimo sucesor de la corona, á pesar de haberle desheredado en su testamento el rey don Alonso, desoyendo las solicitudes y las ofertas de los infantes de la Cerda, se puso del lado del rey, y no era posible nada que contra el rey le rebelase, á lo que se juntaba que el rey don Sancho en cuanto don Alonso Perez se enojaba, hacia lo posible, y aun más de lo posible, por desenojarle.

**

En la Edad Media la política se hacia como se había hecho antes, como se hizo después, como se hace hoy y como se hará siempre, dado que la política más bien que la ciencia de gobernar, como pomposamente se la llamaba, es el arte de la industria, de engañarse los unos á los otros.

Acontecía lo que acontece hoy: el gobierno ó el mando es del más astuto y del más fuerte.

En don Alonso Perez de Guzmán considerado como hombre político, había que descartar la astucia que no estaba en su modo de ser, y reconocer la fuerza que emanaba como una consecuencia natural de su enérgico é indómito carácter.

Un día siendo él mozo, entró en unas justas que se hicieron en la corte, y á las cuales por estar indispuerto no pudo asistir el rey.

Cuando se terminaron, el rey preguntó á uno de los caballeros que habían ido á saludarle:

—¿Cuál en las justas ha sido el mejor?



Delicias matrimoniales.

—Señor,—respondió el preguntado,—Alonso Perez de Guzmán, ha hecho como él sabe y los ha vencido á todos.

—¿Cuál Alonso Perez de Guzmán,—replicó el rey,—¿el de ganancia?

Ganancia quería decir bastardia.

Había dos Alonsos Perez de Guzmán: el uno de origen legítimo, el otro, el de que nos ocupamos, bastardo.

—Señor,—dijo éste que estaba presente sin poderse contener:—la bastardia de los hijos, culpa no es suya, sino de sus padres: y pues que de ganancia me honrais, yo haré que todo sea en mi ganancias propias y ya veremos cuál nobleza es la mejor: si la que se hereda, ó la que yo me conquiste.

Y saliéndose airado de la sala primero y luego del alcázar, y dándose por ofendido por el rey, y amparándose del fuero de los hisjosdalgos, se desnaturaló, es decir se dió

por libre y quito del pleito homenaje y vasallaje que había prestado al rey de Castilla, dejando de ser su vasallo, y se pasó á Africa, en donde como aventurero sirvió á emires y xerifes en las guerras que tenían entre sí, y con tal acierto, valor y fortuna, que allí á donde iba se le rendía todo, y allegando tales y tan grandes tesoros, que no había rey moro ni cristiano que en riquezas se le igualase.

Había cumplido bravamente su palabra.

Por ganancias propias había llegado á tener con usura lo que como á hijo de ganancia se le había negado.

La alta nobleza de que le llamasen capitán invencible y fabulosos tesoros.

Su fama había cundido, había rebosado de Africa y resonaba por todas partes.

**

Pasaron años.

Sobrevino la rebelión del infante don Sancho contra su padre.

Se incendió el reino en bandos.

La fortuna había vuelto decididamente las espaldas al rey don Alonso.

Su hijo no se llamaba rey, aunque habían querido proclamarle.

Decía que mientras su padre viviese no había él de despojarle de su dignidad.

Pero á vueltas de esto, como ya hemos dicho, ocupaba el reino gobernándole usurpando á su padre la autoridad real, y teniendo relegado en Sevilla de cuyos muros no podía salir.

**

En tal aprieto don Alonso, reducidos sus reinos á una sola ciudad, y á algunos centenares sus servidores, pasó por toda la humillación á que le reducía su desdichada fortuna, y envió un mensajero con una humilde carta á su enemigo natural el emir de Marruecos pidiéndole amparo, á lo que el astuto y político Abu Jacob ben Jucef, respondió con estas notables palabras:

—Por tus desgracias me olvidó de que has sido mi enemigo; allá voy en tu ayuda por la causa común de todos los padres y de todos los reyes.

Pero tardó en pasar, vino flojamente, tal vez porque el infante don Sancho se entendiera secretamente con él; su venida fué de poco provecho, y se volvió al Africa, dejando abandonado al mismo á quien, habiéndole pedido amparo, de una manera tan noble había respondido.

**

Las cosas iban de mal en peor para el rey don Alonso.

Descendió desesperado á otra mayor humillación.

Escribió á don Alonso Pérez de Guzmán, satisfaciéndole tardamente y por necesidad de la injuria que le había hecho, y rogándole que se lo perdonase, le suplicó le favoreciera en la desventura en que se encontraba.

**

Voló don Alonso Perez al socorro de su anciano señor, le prestó de nuevo pleito homenaje y vasallaje y tomó por él la demanda.

Pero el mal era ya irremediable.

Las crueldades y tiranías en que en sus últimos años había dado el rey Sábio le habían desajenado todas las voluntades y vuelto contra él á todos sus reinos.

Todo el valor, toda la pericia, toda la

